

IN MEMORIAM

Georg Harig (1935-1989)

El pasado día 6 de agosto de 1989 fallecía en Berlín, víctima de una rápida enfermedad, Georg Harig, catedrático de Historia de la Medicina de la Facultad de Medicina de la Universidad Humboldt de Berlín (República Democrática Alemana) y director del Instituto de Historia de la Medicina de la misma Universidad. Su muerte ha sido un duro golpe para la historia de la Medicina en los países de habla alemana, así como para los países de la Europa del Este y, en general, para la comunidad internacional. La obra investigadora de Georg Harig, centrada fundamentalmente en la obra de Galeno y en el fenómeno histórico del galenismo, significó la recuperación, para la historiografía alemana de los años setenta y siguientes, del prestigio y rigor que las investigaciones alemanas sobre medicina antigua habían tenido en los primeros tres decenios de la presente centuria, desde Puschmann y Neuburger hasta el Temkin joven. Me refiero al campo de la historia de la Medicina, no de la Filología. Si bien, la obra de Harig no puede entenderse sin la profunda reforma que se operó, durante los años sesenta, en el seno del *Corpus Medicorum Graecorum*, dirigido durante los últimos veinte años por Jutta Kollesch.

La biografía de Harig está, como veremos, íntimamente unida al nacimiento mismo de la RDA y a los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial que tuvieron como consecuencia la división de Europa en dos partes de difícil comunicación, todavía hoy. Una de las disciplinas universitarias más negativamente afectadas por el dogmatismo burocrático que desde la Unión Soviética se extendió por los países del llamado socialismo real, fue la historia de la Medicina. Figuras como la de Petrov, recientemente jubilado, profesor de esta disciplina en la Facultad de Medicina de Moscú, encarnan perfectamente el nivel de desprestigio a que se había llegado. No así la historia de la Ciencia. Pues bien, Georg Harig, supo convertir el Instituto de Berlín en uno de los centros más prestigiosos, si no el que más, de la Europa del Este, comprendida la Unión Soviética, con su compleja amalgama de repúblicas, llenas de tradiciones médicas tan ricas como las de cualquier país de la Europa occidental (Lituania, Armenia, Ucrania, Georgia, Rusia, etc.), pero habitualmente desconocidas entre la comunidad científica occidental. El Instituto de historia de la Medicina de la Charité de Berlín se estaba convirtiendo en centro de obligada visita científica para quienes estaban renovando, desde la exigencia y el rigor del trabajo intelectual, una disciplina —la historia de la Medicina— que abandonaba su participación en un adoctrinamiento sectario para instalarse en la búsqueda de claves explicativas de los complejos procesos socio-científicos y médicos; claves resul-

tantes de un trabajo de investigación que exigía, en primer lugar, dominio de técnicas de trabajo, manejo de metodologías rigurosas, dedicación total a la investigación y la docencia, a la vez que apertura a la comunidad internacional. Expresión de tan complejo proceso puede ser la revista NTM (*Schriftenreihe f. Geschichte der Naturwissenschaften, Technik und Medizin*, Leipzig), fundada por el padre de Georg, y su evolución durante los últimos diez años.

La comunidad internacional ha perdido a uno de sus mejores especialistas en medicina antigua; es decir, la medicina que se extendió desde los primeros escritos presocráticos y del *corpus hippocraticum* hasta los siglos XVII y XVIII, en que un nuevo modo de considerar la enfermedad se fue imponiendo frente al tradicional o antiguo, que podemos encarnar en el llamado galenismo. Georg Harig había alcanzado la edad adecuada para impartir un magisterio en el seno de su disciplina. Hay disciplinas que necesitan años para alcanzar, con autoridad, ese nivel. La historia de la Medicina es una de ellas. El profesional necesita, para serlo, además del dominio de idiomas (los clásicos y los modernos necesarios para garantizar el acceso a las investigaciones pertinentes), la familiaridad con los clásicos médicos, que deben ser la lectura habitual e incesante de quien quiera llamarse, sin sentir sonrojo por ello, profesional de historia de la Medicina. Vienen a ser lo que la práctica clínica para el internista. Georg Harig, desde sus iniciales investigaciones sobre escritos hipocráticos, se había ido familiarizando con los autores griegos y helenísticos, a la cabeza de todos ellos Galeno. Muy tempranamente se inició en la lectura de la dura literatura bizantina. No le fueron ajenos los autores medievales, si bien se sintió especialmente atraído por los médicos del siglo XVI y por la época de los llamados «grandes sistemáticos», a la cabeza de todos ellos Hermann Boerhaave.

Georg Harig nació el 25 de febrero de 1935 en Leningrado, a donde sus padres, el físico Gerhard Harig y su esposa Katherina, se habían exiliado para huir de la persecución nazi. Tras la liberación de Berlín por las tropas soviéticas, la familia Harig regresó a Alemania, en 1948. Cursó el bachillerato en Berlín e inició sus estudios de Medicina en la Universidad Karl-Marx de Leipzig, pasando después a la de Berlín, donde concluyó su licenciatura y, poco más tarde, su doctorado (1959) con un trabajo histórico-médico sobre el escrito hipocrático «Sobre los aires, aguas y lugares». Tras seis años de práctica médica hospitalaria, en 1965 ingresó como Ayudante (*wissenschaftlicher Assistent*) en el Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia de la Universidad Humboldt de Berlín.

Su gusto por la cultura y la ciencia griega y helenística, unido a su conocimiento del griego y del latín, hizo que centrara su labor investigadora en ese período de la medicina antigua, concretamente sobre las relaciones entre farmacología, nosología y terapéutica en el sistema médico de Galeno. Tras varios años de trabajo, publicó su libro sobre el concepto de intensidad y su significado en la farmacología, nosología y práctica terapéutica de Galeno, planteándose el problema de la mensurabilidad de las cualidades y la teoría de los grados medicamentosos (*Bestimmung der Intensität*

im medizinischen System Galens, Berlín, 1974). Desde el punto de vista de su carrera universitaria, fue su "Promotion-B-Dissertation" que le facultó no sólo para probar su capacidad investigadora, sino para continuar su carrera docente. En efecto, dentro del riguroso sistema de promoción universitaria mantenido por la RDA, Georg Harig alcanzó en 1978 el grado de "Docente" en historia de la Medicina y, finalmente, tras acudir a la convocatoria de la cátedra de historia de la Medicina de la Universidad Humboldt de Berlín, adscrita a la Facultad de Medicina (Charité), obtuvo ésta en septiembre de 1985. Con ello, la vieja universidad de Berlín llenaba el vacío que, tras la Segunda Guerra Mundial, dejó el profesor Paul Diepgen, primer profesor ordinario de historia de la Medicina en esa Universidad, y una de las últimas grandes figuras que a la historia de la Medicina europea dio la medicina alemana anterior a la segunda gran guerra. El profesor Diepgen (1878-1966), quizás el más conspicuo representante de la consideración de la medicina como una rama de la cultura, es una figura especialmente relevante para los historiadores de la Medicina españoles, por ser el eslabón con el que la tradición historicomédica universitaria española se unió a la, por entonces, más exigente historia de la Medicina del mundo. No olvidemos que la segunda y tercera edición de su manual *Historia de la Medicina* (Barcelona, 1925, 1932) fueron traducidas al castellano por Eduardo García del Real, catedrático de esa disciplina en Madrid, y sirvieron como texto base en los cursos de doctorado que don Eduardo impartía en la entonces llamada Universidad Central. No olvidemos tampoco que fue a Diepgen, que había pasado de Freiburg a Berlín, a quien se dirigió Pedro Laín pidiendo asesoramiento cuando pensó que la historia de la Medicina era la disciplina médica que podía ofrecerle plataforma profesional e intelectual sobre la que edificar su futuro universitario. La personalidad de Diepgen durante su estancia en Berlín no puede separarse de los años del nazismo, con el que convivió desde 1930 hasta el final de la guerra. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que el duro trauma de la Segunda Guerra Mundial y el horror asociado del nazismo, no lo superó la Universidad de Berlín, en lo que respecta a la historia de la Medicina, hasta 1985, año en que Georg Harig ocupó la cátedra y la dirección del Instituto que fundara Paul Diepgen poco más de cincuenta años antes. Fue un largo período en el que, desde los años setenta, la prudencia, rigor científico, generosidad, espíritu de concordia y ausencia de sectarismo de Harig, desempeñaron un importante papel. Puedo dar fe de ello.

Conocí a Georg Harig en 1975, cuando llegué a Berlín, procedente de Erfurt y Leipzig, para completar el catálogo de *incipits* de los manuscritos médicos latinos de Arnau de Vilanova. Ignoraba que, tras la Segunda Guerra Mundial, los manuscritos de la Universidad de Berlín fueron depositados por las autoridades americanas en el Berlín occidental, no siendo devueltos a su antiguo origen pese a las reclamaciones de las autoridades académicas. Decidí permanecer en el Berlín oriental y trabajar en el occidental a donde me desplazaba todos los días, no sin cierto engorro. Ello me permitió conocer el «Institut für Geschichte der Medizin» y a quienes allí trabajaban. Me encontré con un grupo de personas jóvenes, dirigidas de hecho por Georg

Harig, que apenas contaba cuarenta años. Era persona alta, delgada, de aspecto distinguido, mirada bondadosa y un tanto triste, con las formas de trato propias de quien ha sido educado en el refinado ambiente cultural de una familia universitaria alemana. Rápidamente organizó unas sesiones de seminario en torno a una larga mesa del Instituto, donde se sentaban en derredor unos ocho o diez jóvenes doctorandos y algún estudiante de medicina. Allí, en un ambiente distendido y estimulante, junto a la mesa de trabajo de Diepgen, presididos por las fotografías de Puschmann, Neuburger, Sudhoff y una fotografía de grupo de la época de Sigerist en Leipzig (1932), me pidió que expusiese cómo eran nuestras clases en España, cuál su contenido, qué papel desempeñaba nuestra disciplina en la formación del médico, cuáles los temas en los que investigábamos, quién era realmente Laín y qué hacía en ese momento. Su nivel de información de lo que hacíamos en España era muy bajo. Desconocía el relativamente reciente entonces libro de Laín sobre la medicina hipocrática (1970) y de mis publicaciones sobre Galeno sólo conocía las pocas publicadas en inglés. Creo que una de las sesiones duró toda la mañana. Nuestra coincidencia fue total y mutua la simpatía que sentimos. No fue ajeno a ello el tema —Arnau de Vilanova y el galenismo de Montpellier— que allí me llevó. No en balde fue uno de los temas centrales de Paul Diepgen. No dejó de impresionarme la fidelidad de ese grupo a la obra del ilustre historiador de la medicina. Se conservaba su habitación de trabajo, su mesa y su silla, la estantería con sus libros, algunos de sus útiles de trabajo. Ni una palabra sobre los difíciles tiempos entre 1933 y 1945.

Yo desconocía que Jutta Kollesch, la directora, renovadora e impulsora de la nueva etapa del *Corpus Medicorum Graecorum*, era su esposa. Pocos ambientes hay en Europa tan acogedores y agradables como el que una familia académica alemana ofrece en la prolongada tertulia que sigue a la cena en su domicilio. Fue la última vez que le ví. No así a Jutta con quien he coincidido en alguna que otra reunión profesional. Las peculiares condiciones políticas de la RDA ponían trabas para que ambos viajaran juntos al mundo occidental. Georg y yo debíamos haber coincidido el pasado mes de julio en el Instituto Wellcome de Londres, convocados por nuestro común amigo Vivian Nutton. No pudo asistir. Pocos días antes fue diagnosticado de cáncer de páncreas, cuyos primeros síntomas se dejaron sentir en una reciente gira académica suya por Japón.

En pocos lugares de Europa se había creado un ambiente tan propicio para el estudio de la medicina antigua como en el Berlín actual. Hemos aludido en varias ocasiones a Jutta Kollesch. Ella fue no sólo su esposa, sino su compañera de trabajo y quien le dotó de un instrumental privilegiado. En efecto, desde la Academia de Ciencias, Jutta y su pequeño pero muy competente equipo presidido por el gran arabista Gotthard Strohmaier, habían sabido relanzar el CMG rescatándolo del aristocratismo de los filólogos alemanes anteriores a la Segunda Guerra Mundial (ofreciendo traducciones completas de los textos médicos clásicos) y convirtiéndolo en empresa internacional. Contando con esa plataforma, Harig estudiaba la obra médi-

ca de Galeno y el fenómeno del galenismo. Su fuerte vocación docente, le impulsó a participar en varios tratados generales, tanto de Historia de la Medicina (Berlín, 1968, Hrsg. A. Mette und I. Winter) como de Historia de la Biología (2 ed., Jena, 1985, Hrsg. I. Jahn, R. Löther und K. Senglaub, este último de próxima aparición en España). Sus capítulos sobre medicina y biología antiguas son modélicos. Precisamente uno de los planes truncados por su temprana muerte es su ambicioso proyecto de un *Handbuch der antiken Medizin* que, en la mejor línea de la tradición alemana, hubiera significado la versión actual del que Max Neuburger hiciera en la primera década de este siglo, y todavía de obligada consulta.

Como hemos dicho al comienzo, su muerte es un duro golpe para la historia de la Medicina en la RDA y, en general, en los países del Este. Su prestigio hizo que se aglutinara en torno a él un grupo de médicos que, desde la más estricta profesionalización, hicieron de la historia de la Medicina su área de trabajo. Su curiosidad intelectual y su capacidad de aglutinación, hizo que abriera campos en la investigación historicomédica afines al suyo (por ejemplo, el del galenismo árabe), o bien alejados del suyo personal, centrados en áreas médicas de perfiles bien definidos (por ejemplo la odontología, las neurociencias o la cirugía) y en períodos actuales de la medicina. Ello hizo que el Instituto contara con un grupo de trabajo de amplia cobertura investigadora. Fue miembro fundador de la Sociedad de Historia de la Medicina en la RDA; desde su puesto de Secretario supo dinamizar las actividades de esta sociedad e integrar en ella a un grupo de médicos para quienes la historia proporciona un método de conocimiento de la medicina perfectamente compatible, a la vez que enriquecedor, con el que a diario tienen ocasión de practicar en los hospitales e institutos de investigación biomédica. Con su asidua colaboración en los *Anales* de la Facultad de Medicina de Berlín —anuario de reciente creación— demostraba que la historia de la Medicina no sólo estaba al servicio de la recuperación del brillante pasado de la medicina berlinesa, sino que formaba parte integral del actual cuerpo médico de la Charité. Supo estar presente, desde un liderazgo intelectual no discutido, en el profundo proceso de cambio que la historia de la Medicina está teniendo en los países europeos del Este.

LUIS GARCÍA BALLESTER